

29

Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137 Julio - Diciembre, Año 2024 - Tunja, Colombia

**Las independencias (revoluciones) de
Iberoamérica ¿continúan en su laberinto?**

<https://doi.org/10.19053/uptc.20275137.n29.2024.17526>

**Manuel Chust Calero
Páginas 341-358**



Las independencias (revoluciones) de Iberoamérica ¿continúan en su laberinto?*

Manuel Chust Calero¹

Universidad Jaume I- Castellón- España

 <https://doi.org/10.19053/uptc.20275137.n29.2024.17526>



Resumen

La historia e historiografía de los procesos revolucionarios de independencia latinoamericanos constituyeron uno de los acontecimientos más importantes de la primera mitad del siglo XIX para explicar la historia contemporánea universal. No obstante, estos se han omitido en la mayor parte de los manuales y guías docentes de las universidades del mundo occidental. Este trabajo no sólo pretende reivindicar su importancia en la historia contemporánea universal sino explicar esta omisión, sus raíces y la evolución e importancia de este tema a niveles no sólo académicos sino también ideológicos y políticos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Palabras clave: Independencias latinoamericanas, revoluciones atlánticas, revoluciones hispanas, historiografía.

* Conferencia Dr. Manuel Chust Calero presentada en el marco de los 50 años de vida académica de la Maestría en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, UPTC, 20 de septiembre de 2023. <https://www.youtube.com/watch?v=lr0xJAPYOci&t=4033s>.

1 Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Jaume I de Castellón. Es especialista en el liberalismo doceañista y su trascendencia en América, así como en los procesos históricos de las revoluciones de independencias hispanoamericanas. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libros sobre la transformación política del mundo hispánico a principios del siglo XIX. ✉ chust@his.uji.es  <https://orcid.org/0000-0001-5679-5082>.



The independences (revolutions) in Ibero-America, still in a labyrinth?

Abstract

The history and historiography of the revolutionary processes of Latin American independence constituted one of the most relevant events of the first half of the 19th century to explain universal contemporary history. However, they have been omitted in most textbooks and teaching guides of universities in the western world. This work not only intends to reclaim their importance in universal contemporary history but also explain said omission, its roots and the evolution and pertinence of this topic at academic, ideological and political levels throughout the second half of the 20th century.

Keywords: Latin American independence, atlantic revolutions, hispanic revolutions, historiography.

Les indépendances (révolutions) de l'Ibéro-Amérique Continuent-elles dans leur labyrinthe?

Résumé

L'histoire et l'historiographie des processus révolutionnaires de l'indépendance de l'Amérique latine a constitué l'un des événements les plus importants de la première moitié du XIX^e siècle pour expliquer l'histoire universelle contemporaine. Cependant, ils ont été omis dans la plupart des manuels et guides pédagogiques des universités du monde occidental. Ce travail vise non seulement à revendiquer son importance dans l'histoire universelle contemporaine mais à expliquer cette omission, ses racines et l'évolution et l'importance de cette question non seulement aux niveaux académique mais aussi idéologique et politique tout au long de la seconde moitié du XX^e siècle.

Mots-clés: indépendance latino-américaine, Révolutions atlantiques, hispaniques, historiographie

La pregunta central de nuestra profesión sigue siendo válida desde hace más de setenta años. La interrogación que se hacían los historiadores y las historiadoras de los años 50's 60's del siglo XX, incluso, la que nos hacíamos en los años 90's tras el consabido y notable quiebre historiográfico. Es más, la que nos seguimos haciendo hoy en día los profesionales de la historia, ¿Por qué seguir estudiando el pasado? Y, concretamente, ¿por qué seguir investigando las independencias en Iberoamérica? ¿Es relevante, es importante, es necesario y un largo etcétera? En este sentido, he tenido la fortuna en los últimos años de haber asistido a las conmemoraciones de los bicentenarios de las independencias en la década de los años 10's del siglo XXI. Hubo una explosión de celebraciones. No me refiero a ellas, sino a las conmemoraciones que se plasmaron en múltiples eventos académicos, bien universitarios, bien de fundaciones y organizaciones de la sociedad civil, bien, incluso, gubernamentales. Importantes discusiones y debates que una historiografía independentista que había cambiado la lectura de una historia tradicional y nacionalista secular, además de muy conservadora en su metodología e interpretación. Momento historiográfico, aquellos de los años 90's que, ahora, podemos interpretar como un gran quiebre historiográfico.

En realidad, me parece que es muy difícil apreciar esos quiebres historiográficos viviéndolos, otra cosa es historiándolos. Pero tras 12 años de aquello e, incluso, tras 30 años de los debates generados en el decenio de los 90's, quizá podemos plantear ahora también que estamos asistiendo a otro segundo quiebre historiográfico sobre los estudios del proceso revolucionario históricos de las independencias latinoamericanas.

Llevo defendiendo hace algún tiempo en diferentes escenarios, no solamente latinoamericanos sino también españoles y europeos, que, en mi interpretación y, evidentemente, en la de varios colegas y amigos, sigue siendo esencial insistir que el proceso histórico revolucionario que aconteció en América Latina entre 1808, si queremos 1806 o 1807 para que no se *enfaden* los colegas especialistas en el Río de la Plata, y culminado en 1830, fue uno de los procesos históricos más importante, revolucionario y descolonizador, también liberal,

acontecido en la historia contemporánea universal. Otra cosa es seguir utilizando y enseñando desde los manuales de historia contemporánea universal, escritos y publicados en los años 70's y 80's, incluso en los años 90's, y ver qué lugar ocupa este proceso revolucionario, descolonizador, e histórico-liberal en la historia contemporánea universal. La conclusión es un conjunto vacío, la conclusión es ninguno. Prácticamente está omitido y no se trata solo, a mi forma de ver, desde un enfoque persistentemente Eurocéntrico. Creo que hay que matizar esta aseveración, hay que objetivarla, hay que aclararla. Buena parte de la omisión de las independencias iberoamericanas como un proceso histórico que afectó, sin dudarlo, al mundo «occidental» –al menos– parte de un enfoque eminentemente Anglo-Francocéntrico, y no lo saco a correlación para solventar dudas sobre si mi «nacionalidad» está en relación con esta aseveración e interpretación. Mi nacionalidad es un accidente. No porque nací en España, sino porque tengo un pasaporte español. No lo digo por eso. Intentaré demostrarlo en estos minutos que tengo. Pues ¿qué explicación damos a nuestros alumnos sobre esta Historia Contemporánea «Universal»? ¿qué interpretación salió ganadora tras la II Guerra Mundial? ¿Qué temario se explica en las universidades de América Latina, en las universidades españolas, en las universidades europeas, por supuesto, en las unidades de Estados Unidos? ¿No es el mismo?

He impartido esa asignatura durante mucho tiempo, más de 25 años. Si rastreamos los índices curriculares de esos manuales, son muy similares, calcados en todas las universidades, los mismos programas curriculares de una historia contemporánea universal extendida y homogénea en un occidente universitario. Así, el primer tema es la Revolución industrial en... Inglaterra, el segundo tema es la Revolución... francesa, el tercer tema es la Europa... napoleónica, el cuarto tema son las revoluciones de los años veinte -reducidas a unas pocas líneas en referencia a España, Portugal, Piamonte, Nápoles y Sicilia y Grecia- para explayarse más en las revoluciones de 1830 y 1848... Francia y Alemania. El siguiente tema: imperialismo. Aparecen dos continentes no europeos, en función del reparto de los imperios... francés e inglés, especialmente, en África y Asia. Siguiendo tema: la Primera Guerra Mundial. Confrontación... Franco-Anglo

frente a los que ya parecían ser sospechosamente «malos», como los alemanes. En este contexto, el siguiente tema en aparecer es la Revolución rusa en 1917. Siguiendo tema: obviamente, el crack del 29, Estados Unidos. Segunda Guerra Mundial... Guerra Fría. Casi nunca llegamos a este tema, sigue siendo difícil que llegemos a explicar la totalidad del temario.

En esta maestría que hoy conmemoramos su 50 aniversario, está presente y se enseña algo que es fundamental y que se está perdiendo. Lo digo con causa de conocimiento. En muchas maestrías, en muchos doctorados, en bastantes licenciaturas y grados en España, y es una asignatura que explique historiográficamente las diversas evoluciones de las interpretaciones de la historia, especialmente en el siglo XX, y cómo cambiaron las preguntas, y por qué y quienes las hicieron y cómo se difundieron. Obviamente, hubo un ganador, no solamente militar, sino también económico, después de la Segunda Guerra Mundial, al cual me voy a referir más tarde. Esos ganadores evidentemente fueron, para la interpretación del siglo XIX y XX, la academia francesa y la academia anglosajona. Especialmente, aunque no sólo, la importancia que en todo ello tuvo la fundación desde 1946 de la historia atlántica, su significado, sus interpretaciones, su impacto, sus conclusiones.

En ese contexto pesó notablemente la metodología e historiografía de estas grandes academias que se volvieron hegemónicas porque, por ejemplo la historia mundial que surgió en la historiografía alemana desde principios de siglo XX, con un gran historiador como Karl Lamprecht, quedó totalmente borrada después de 1945, o la gran escuela historiográfica sobre el estudio de las revoluciones comparadas de la Universidad de Leipzig quedó en la parte de la RDA, por lo que aquí también se levantó un «muro» historiográfico que hizo que llegara a cuentagotas sus propuestas y estudios a la historiografía occidental.

Si nos paramos a pensar, resulta que, de la Revolución industrial en Inglaterra, sabemos cuántas chimeneas había en Manchester, lo cual nos hace pensar que, sin duda, tenemos un conocimiento más detallado y mejor de este tema que

de otras historias del resto del mundo. De la Revolución francesa, sabemos quién era Robespierre, Marat, Danton y un largo etcétera. Sabemos que pasó en Francia, sabemos que pasó en Inglaterra; pero no sabemos lo que pasó en nuestros países vecinos, en ese mismo contexto. Además, de esta hiperespecialización en determinados temas franco/anglos céntricos, se suma una visión muy presentista de la historia. La realidad histórica en la que se movían sus protagonistas en 1800, por ejemplo, era la del peso notable de dos imperios, dos imperios absolutistas, el español y portugués, que sí que dominaban gran parte de todo un espacio territorial que era determinante para explicar las relaciones comerciales y de producción, y que condicionaba la historia, la política y la economía de Europa. Y ese condicionante era un continente llamado América. Más, la confrontación imperial que desembocó en la creación de unos imperios que se querían formar como el napoleónico y de otro como el británico que pugnaba por transformarse también en un imperio territorial, pero que no empezó a conseguirlo hasta 1763 tras la Guerra de los Siete Años con la obtención de la con la India.

Y en esa explicación de la «esa» Historia Contemporánea Universal, resulta que hay una notable omisión porque, salvo honrosas, excepciones, no se explica el proceso revolucionario de las Independencias Iberoamericanas. Queda casi por completo omitido ¿Cómo es posible que acontezca esta gran omisión histórica para explicar, por ejemplo, la «era de las revoluciones liberales» en el contexto de una historia universal?

En este sentido, mantenía François Chaunu en 1971 que los relatos, la literatura, la historiografía sobre las independencias suman cientos de miles de páginas, miles de artículos, cientos de libros y un largo etcétera. Avanzaba en su argumentación el historiador francés que seguramente dentro de 50 años, ahora se han cumplido, este tema seguiría siendo uno de los temas centrales de la historia e historiografía, al menos para América Latina. Chaunu tenía razón. 50 años después de su texto sigue siendo un tema central y nodal en la historia, al menos de Latinoamérica...para muchos latinoamericanos y latinoamericanistas. Y, premeditadamente, el texto de Chaunu

lo reeditó Heraclio Bonilla dentro del libro que coordinó sobre las independencias, en especial, sobre la de Perú. Texto de Bonilla/Spalding que causó, hay que decir que, hasta anteayer, un gran revuelo más allá de la esfera académica, como es sabido, costándole un exilio académico y personal por mantener una interpretación desnacionalizada de la independencia peruana.

Y llegó el quiebre de la Historia Patria

En primer lugar, hay que seguir manteniendo que, durante décadas, la historia tradicional, la que se confundía además con la Historia Patria y, en gran parte, con una Historia Oficial monolítica y maniquea, empezó su quiebre casi definitivo. Sabemos que la raíz de ello venía de atrás, de los diversos 68's, los sociales, los políticos y los académicos. Y fue, a mediados de los 90's cuando, mantenemos, empezó a materializarse. La propuesta historiográfica presentada por Jaime E. Rodríguez, uno de los grandes historiadores que se atrevió a hacer una historia general de las independencias, puede ser un ejemplo de ello, si bien, obviamente no el único. Mantenía Rodríguez, en el contexto del bicentenario de la Revolución francesa y también de la caída del Muro y del triunfo de un «revisionismo» historiográfico conservador que se lanzaba a proclamar su atronador triunfo frente al notable fracaso de la historia escrita por las revoluciones, que la historia no solamente la hacían los vencedores o la escribían los vencedores, un rótulo que habitualmente se copia y se reproduce, sino que la historia ganadora también era de los ricos y la escribían los ricos, realizando una crítica, a mi forma de ver, bastante valiente dado el escenario desde donde escribía estas consideraciones. Sabemos que Jaime E. Rodríguez fue profesor durante 30 años en la Universidad de California-Irvine. De origen ecuatoriano, si bien se formó en Estados Unidos, realizó toda su carrera académica en las universidades de este país. Su crítica iba dirigida a la historiografía triunfante en aquel bicentenario de la Revolución francesa, que impregnaba a las restantes historiografías especialistas en las revoluciones decimonónicas de un manto de reformismo explicativo de los cambios, omitiendo cualquier protagonismo a las confrontaciones y luchas revolucionarias frente a un Antiguo Régimen en descomposición que pareciera

que se «dejó» superar transitoriamente. Con ello, Rodríguez también abría la cuestión, experimentada hasta hoy, respecto a la importancia de saber y apreciar quién estaba publicando, por qué y dónde se publicaba. Todo ello también vinculado a un determinado mensaje histórico, historiográfico, ideológico y político.

En segundo lugar, en 2010, publiqué un libro coordinado, que titulé: *Las Independencias Iberoamericanas en su laberinto*, y lo subtitulé: *Controversias, Cuestiones e Interpretaciones*. En ese libro invité a participar a más de 40 historiadores e historiadoras de diversas escuelas historiográficas, tanto latinoamericanas como europeas. Me parecía que tenía que ser un libro plural historiográficamente. Desde mi coordinación les formulé varias preguntas acerca de la importancia de las independencias y su propuesta interpretativa sobre las mismas. También hubo una selección y distribución especial. Hubo historiadores latinoamericanos, algunos españoles, - pocos se dedicaban a las independencias-, y también europeos. Todas esas conclusiones, considero que generaban en ese momento, hace poco más de 10 años, toda una controversia de un debate que se contraponía a los debates de la década de los años setenta y ochenta, a los cuales me voy a referir después. El libro se agotó y fue reeditado. Aunque contó con una severa crítica de mi admirado y buen amigo Germán Carrera Damas, a quién no gustó nada, el título, pues, me dijo, le recordaba al de Gabriel García Márquez...Lo que siguió en su explicación no lo recuerdo...

Buena parte de las conclusiones que se extractaron de este libro fue la existencia de una multicausalidad establecida en el tiempo, en diversos espacios y diferentes escalas. Es decir, no había unicidad causal, sino era un mar de causas las que contribuyeron a poder explicar los procesos de independencia y que, además, esas causas se superponían espacial y temporalmente. Años después, podemos argüir que quizá, en ese gran acontecimiento historiográfico que fueron los bicentenarios en 2008 y 2010, el «foco» se puso en explicar las causas de la crisis de 1808 y la eclosión juntera acontecida en 1810 como detonantes explicativos de las independencias. Quizá, porque

también confluían con los textos generales explicativos de las independencias a niveles continentales. Grandes propuestas historiográficas que intentaron explicar las independencias que tuvieron como punto de referencia esas dos fechas de forma señalada: 1808 y 1810. Y ello reforzado, como hemos dicho, por las grandes conmemoraciones de estos dos años, tanto en la Península -2008- como en América -especialmente 2010. En buena parte, y no es sólo esta explicación, con esta focalización en 1808 y 1810, se dejó de lado la explicación de las independencias como un proceso histórico -1808-1825-, en dónde 1808-1810 no sería las fechas finales explicativas, como predominaban en estas explicaciones, sino las iniciales y, por tanto, quedaron omitidas las causas que se desarrollaron justamente en el proceso del triunfo insurgente. En especial, todas aquellas provocadas por las diversas guerras continentales. Inexistentes, por otra parte, antes de 1808.

Si hacemos un repaso de esa historiografía fantástica, maravillosa, increíble, que maduró en esos años, desde al menos mediados de los años 90's y principios del siglo XXI, la mayor parte se concentraron en examinar la década de los años 10's del siglo XIX. Pocos fueron los estudios que avanzaron a explicar por qué esas independencias triunfaron en los años 20's y qué supusieron en ese momento. Ahora es cuando se está realizando de una forma mucho más consciente. Quizá, también, en el marco de las diversas conmemoraciones de estos años veinte.

En tercer lugar, el tema sobre las independencias fue, desde el principio, un tema central para las historias nacionales, para la historia de cada país. A los pocos años, incluso cuando esas guerras no habían terminado, empezaron a escribirse crónicas, relatos, que después fueron compilando y estableciendo un relato heroico, maniqueo, glorioso, guerrero, masculino y criollo. El apellido nacional, ganó al social. Si repasamos las historias de Latinoamérica en los años 40's, 50's, 60's, no más allá de los años 70's, las podemos contrastar también con las historias nacionales europeas. Solo con una cuestión a tener en consideración: las historias nacionales europeas empezaron a prodigarse en los años 50's, 70's, 80's del Ochocientos y llegan incluso hasta principios del siglo XX. Entre otras

consideraciones, porque los Estados naciones en Iberoamérica o en Latinoamérica triunfaron, en bloque, antes que los Estados naciones en Europa. Y aquí empieza una segunda llamada de atención, una diatriba o punto de inflexión. ¿Cuántos libros editados en las últimas décadas del siglo XX tuvieron como tesis central el triunfo del liberalismo en la época en revoluciones liberales y/o burguesas en el siglo XIX...? Todos esos libros, manuales o no manuales, hacían referencia a los inicios de liberalismo en Francia. 1789 era la fecha de referencia. La inicial. Al menos hasta que llegó la historia atlántica tras la Segunda Guerras Mundial e incorporó la independencia de Estados Unidos antes que la Revolución francesa, como acontecimiento primario de los orígenes del mundo moderno. Y 1776 como fecha de referencia que se anticipó a 1789. Para después señalar los logros del liberalismo en el resto de Europa. Pero si nosotros hacemos una tabla comparativa factual, resulta que podemos hablar hacia 1830 de México, Costa Rica, Colombia, Perú, Ecuador, Argentina, Uruguay, Bolivia, El Salvador, etc. La interrogación es si podemos hablar rigurosamente en 1830 de «España», claro está como estado nación. Con permiso de los revisionismos supuestamente historiográficos, tan poco rigurosos históricamente como triunfantes en el mercado de las editoriales que copan los textos de ensayos, seguía habiendo una monarquía absolutista... Es más, ¿podemos hablar de Austria? ¿podemos hablar de Alemania? ¿de Italia? Como poder... Es un hecho y hay que remarcarlo, por muy obvio que sea: el liberalismo y los estados naciones triunfaron antes y en su totalidad en América antes que en Europa.

Entiendo que hay que reformular bastantes consideraciones sobre estas certidumbres e ideas preconcebidas. Por supuesto, una historia comparada de las revoluciones liberales-burguesas en la primera mitad del siglo XIX de Europa y América podría servir para empezar a debatir. Por supuesto que todo ello generó toda una literatura, que llega hasta hoy, sobre el origen del liberalismo y sus diversas tendencias y fracciones, en especial en el plano ideológico, parlamentario y constitucional. Estas reflexiones se habían producido obviamente, desde pensadores europeos, franco y anglosajones, y sus apuestas interpretativas se habían extendido también a otras partes, de lo que después se

calificó como «Occidente». Y todo ello suscita algunas preguntas: ¿Qué quedaba por aportar en aquellas revoluciones liberales que no eran ni la francesa ni las anglosajonas? a tenor de lo presentado por la tesis de las revoluciones atlánticas. ¿Hubo, hay, margen para que no «todo» sea Francia y Estados Unidos? ¿El mundo hispano pudo tener una dinámica revolucionaria propia, sin que mediatizara para su explicación ambas construcciones modélicas? ¿Queda también margen para qué, además, de las explicaciones ideológicas y de cultura política, se vislumbrarán consideraciones sociales y económicas? ¿Puede ser viables también las explicaciones dónde existe el conflicto? ¿En qué lugar quedó el viejo debate «gatopardesco» en el que las reformas sustituyeron a las revoluciones como explicaciones evolutivas más que transformadoras? En todo ello, queda además el notable peso interpretativo desde la perspectiva del siglo XX. Es más, queda desdibujado, sigue siendo «incomprendido» y, sobre todo, vilipendiado los Ochocientos hispanos. Un siglo XIX calificado y explicado como violento, caótico, militarista, inestable, en constante «desorden» ... Esa fue la explicación durante mucho tiempo para gran parte del siglo XIX de la historia de España. El militarismo pesó mucho más en su explicación, especialmente desde las interpretaciones conservadoras, que el constitucionalismo y su importancia, no solamente para explicar la fundamentación de España como Estado-nación, sino su influencia en Europa y, por supuesto, en América.

Lo cierto es que esa historia nacional se convirtió en una historia muy tradicional, eminentemente política, una historia ideológica y metodológicamente muy conservadora hasta los años setenta del Novecientos cuando empezó a profesionalizarse. Y el contexto ideológico, político y social puede explicar también todo ello. Una nueva generación alcanzó las aulas universitarias. Las preguntas que preocupaban a las nuevas generaciones de estudiantes en ciencias sociales y humanas, empezaron a ser diferentes e, incluso, más exigentes en la complejidad de las respuestas que las anteriores. ¿Por qué América Latina era subdesarrollada? ¿En qué estadio social y económico se encontraba? ¿Qué tipo de sociedad había sido la colonial? ¿Cómo había surgido el Estado-nación? Es más ¿había surgido? En

general, a la historia, a esa historia tradicional se le interrogó, sólo que estas nuevas generaciones no encontraron respuestas satisfactorias en los historiadores ni en la mayor parte de esta historia caduca. Por ello, aterrizaron en su búsqueda en las ciencias sociales más que en las licenciaturas de historia.

En estos momentos, estoy editando un libro que consiste en una serie de entrevistas a 25 historiadores e historiadoras latinoamericanos, la mayor parte de una generación que se formó en los años 60's, 70's del siglo XX. Entre ellos hay dos historiadores colombianos, que respondieron exactamente igual a mi pregunta sobre los orígenes de su formación. Ambos me contaron que duraron pocos días en la licenciatura de historia, porque se aburrían y, en segundo lugar, porque en aquella década de los años setenta, los profesores de historia no respondían a las múltiples preguntas que tenían sobre la historia colombiana y latinoamericana. Por eso se fueron a formarse al campo de las ciencias sociales. Después hicieron la maestría y el doctorado en historia. Lo que buscaban eran respuestas "sociales" a sus preguntas históricas y aquella historia factual y política se quedó como arqueología metodológica e, incluso, residualmente ideológica. Y empezó a triunfar una historia social con raíces económicas, una historia social que explicaba también la política, una historia social que albergaba en su comprensión de las sociedades pasadas a sectores no solamente dirigentes, sino también subalternos pertenecientes a las clases populares y un largo etcétera. Una historia social que ponían el foco no solamente en los grandes procesos, sino también en los micros. En resumen, se puso un rostro social a la historia individual.

En ese contexto, y por ello, las ciencias sociales tuvieron un protagonismo tremendísimo en América Latina. Esta empezó a considerarse continentalmente y a desenfocarse la importancia que podía tener Europa en una explicación mundial. Obviamente, después de la Segunda Guerra Mundial hubo cuestiones inesperadas para este Occidente. La primera fue 1949, en donde la atención la requirió, y no solamente historiográfica, la China socialista y su revolución. Impacto que tuvo su correlación en la fundación de Departamentos de

Ciencias Orientales en las grandes universidades, no solamente europeas, sino sobre todo de Estados Unidos. Asia irrumpió en la explicación de una historia Universal.

Diez años después aconteció la revolución en Cuba en 1959. América Latina, como bien sabemos, tuvo un protagonismo inesperado. El foco mundial se posó en Cuba, y con ella, en todo el continente latinoamericano. Pasó exactamente lo mismo que con la Revolución china en las grandes universidades estadounidenses. Esta vez, se crearon departamentos de estudios en Latinoamérica. El continente americano, en su dimensión hispana y lusa, cobró un protagonismo impresionante, pero por sí mismo. Y empezó a cambiar interpretaciones históricas. El eurocentrismo comenzó a resquebrarse en la Historia.

Ese compendio se llegó a concretar en un pensamiento propio latinoamericano plasmado en la Teoría de la Dependencia. Si analizamos las memorias y vivencias de Darcy Ribero, Theotonio Dos Santos, Vânia Bambirra, Rui Mauro Marini, André Gunder Frank, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, etc., ninguno de ellos pensaba que estaban elaborando una teoría. Lo que estaban proponiendo era su desacuerdo con las políticas institucionalizadas desde la CEPAL para intentar sacar a América Latina del subdesarrollo.

La pregunta en los años 60's y 70's retornó: ¿Cuándo se había transformado América Latina de colonial a capitalista? ¿O seguía siendo precapitalista? ¿Semi feudal, quizá? Y todas ellas, enlazadas a la pregunta central: ¿Por qué era subdesarrollada? La segunda interrogación en esa línea fue: ¿Por qué seguía siendo dependiente? Y la tercera: ¿Cuál era la solución? Como bien sabemos, se produjo todo un debate en torno a ellas. Y en donde dos aspectos centrales que se habían discutido y eran importantes para explicar las independencias, tuvieron una resignificación central: la cuestión colonial y la cuestión imperial. Y las preguntas siguieron: ¿cómo habían mediatizado ambas la dependencia latinoamericana? y ¿por qué no eran países desarrollados en comparación con la "otra" América? La teoría circulacionista ganó adeptos. Desde, especialmente, el radicalismo historiográfico estadounidense se planteó que

América Latina era dependiente especialmente por sus orígenes imperiales hispanos y lusos, dado que lo que trasladaron los imperios ibéricos fue un sistema capitalista, un sistema distributivo del capitalismo responsable de la dependencia actual. Se hizo responsable a la «herencia colonial» hispana de la pobreza actual latinoamericana.

Pero no hubo unanimidad. Se produjo el debate. Un segundo planteamiento vino a enfrentar a los circulacionistas poniendo el énfasis en el sistema productivo, tanto en la colonial, pero, sobre todo, desde la independencia y la vinculación dependiente de los estados naciones al capitalismo mundial.

Lo cierto es que empezaron a debatirse cuestiones imperiales y coloniales. Obviamente el presente marcaba la agenda histórica. E, inevitablemente, al hablar de «imperio» se miraba a Estados Unidos. Las preguntas se sucedieron: ¿Las independencias en el siglo XIX produjeron o no, una ruptura con las trabas coloniales? Volvió una vieja discusión, como bien sabemos, que se remontaba a los congresos de 1928 y 1929 de la III Internacional, que no cesó y que se mantuvo como un mantra en la estrategia de los partidos comunistas hasta los años 80's, al menos. Prosiguió de esta forma el debate entre feudalismo y capitalismo en la sociedad colonial americana del que ya hemos escrito.

En esa cuestión de los años 70's, también se empezó a plantear dos consideraciones más. Una: la revolución y la naturaleza de la misma. Por lo tanto, había que apellidarla. Hay que volver a insistir como en esos momentos las revoluciones del siglo XX condicionaron la perspectiva de interpretar si se había producido el triunfo o no, de un proceso revolucionario, no solamente político, sino también económico y social con respecto a las independencias. Porque el peso de la Revolución mexicana de 1910, o de la boliviana de 1952, o, evidentemente, la cubana en 1959 condicionó a las interpretaciones y su carácter revolucionario o no de las independencias ¿Qué se entendía por revolución y que no? Una vez más, quizá, desde una perspectiva notablemente presentista, en parte comprensible por el peso oneroso de un presente injusto, desigual, ominoso, racista para

la mayor parte de la población latinoamericana. Se cometió, se comete y se sigue cometiendo *historicidios*; es decir, pensar que la historia, una vez más desde el presente, es lineal.

Las tesis hegemónicas de las independencias y su caducidad

Si nosotros analizamos cuáles fueron las tesis hegemónicas, al menos nosotros las he calificado así, desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, que interpretaron continentalmente los procesos de independencia en Iberoamérica, podemos ver que casi empezaron a sucederse cada 20 años. De esta forma, en 1955 se generó la primera de ellas en el Congreso Mundial de Ciencias Históricas en Roma. Palmer y Godechot plantearon un concepto para su explicación: «revoluciones atlánticas». En plena Guerra Fría, historiográfica también. ¿Qué pasó en ese debate? Ambos fueron acusados de agentes de la CIA. «Atlántismo» en 1955 resonaba muy a OTAN y su estrategia armada e ideológica.

Su propuesta era simple: las independencias fueron un eco de las Revoluciones de Francia y la independencia de Estados Unidos. Pero ganaron en gran medida. Como sabemos, se siguen publicando libros con título o subtítulos evocadores a aquel, si bien estamos en otro contexto político e historiográfico.

A niveles menos especializados y más docentes, también triunfó. Los manuales de historia recogieron sus consideraciones causales de las independencias en función de la trilogía explicativa: ilustración franca/anglo e influencias de la independencia de las Trece Colonias y de la Revolución francesa.

Si nosotros repasamos una parte de la historiografía sobre las independencias, podemos apreciar que se derivó buena parte de esta lectura idealista en muchas líneas y agendas de investigación sobre las independencias. Por ejemplo, se empezó a rastrear las bibliotecas y las lecturas de los grandes líderes de las independencias, si habían o no leído a los ilustrados franceses o anglos, y se hizo el ejercicio de rastrear la influencia de estos ilustrados. Quedó para más tarde, valorar si la ilustración hispana también había impactado en el pensamiento

de los líderes insurgentes o bien esta, por su raíz católica, y por tanto para esta historiografía conservadora y poco o nada revolucionaria, se descartaba.

Quedó omitido, quizá, que parte de esta crítica partía desde una perspectiva protestante anglosajona. Reforzando lo que, desde su perspectiva, era una incongruencia antagónica: el liberalismo no podía ser de raíz católico dado que este binomio era una contradicción en sí misma dado el conservadurismo del pensamiento católico. Por lo que, siguiendo esta explicación, ese mundo hispano fue «poco» revolucionario.

En 1973, John Lynch publicó su libro *Las revoluciones hispanoamericanas*. Título congruente con los territorios que analizó, dado que se dejó fuera a Brasil en su explicación. El libro de Lynch fue un encargo de su maestro Jack Greene, profesor de la Universidad de Nueva York, donde una importante fundación le había a su vez comisionado para coordinar un conjunto de volúmenes sobre la historia de las revoluciones «modernas». Lynch, que había escrito ya un importante estudio sobre la monarquía de los Austrias y la de los Borbones, publicó este famoso estudio en 1973 en inglés, el cual fue traducido en 1976 por una editorial muy renovadora historiográficamente -en esos momentos España y su historiografía estaba saliendo del franquismo- como fue Ariel Ediciones. El libro impactó porque lo que planteaba Lynch desde una perspectiva efectivamente más económica y social y menos política, renovó el panorama eminentemente político del tema. Desde esta perspectiva *lynchiana*, las independencias triunfaron porque durante las reformas borbónicas se produjo un neoimperialismo que reforzó al colonialismo imperial. El impacto de la propuesta, pero, especialmente, su análisis fue tal, que Lynch fue incluido, en ocasiones, dentro del «grupo de los marxistas británicos» de los años 70's y 80's, con Christopher Hill a la cabeza. No sé qué cara pondría el propio Lynch si leyó o escuchó estos comentarios, porque si bien sí realizó una interpretación materialista del proceso, nunca esta fue histórica ni tampoco dialéctica. Es interesante, en este sentido, cómo fue tan bien recibida su interpretación y perspectiva social, obviamente en

el contexto de una más que presente por esos años cuestión colonial y neocolonial.

En los años 80's entró un libro con bagaje, que no era de un autor ni francés, ni norteamericano, ni siquiera inglés, como los anteriores reseñados. Fue Tulio Halperin Donghi, argentino de nacionalidad si bien se formó en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS), teniendo como maestros a la flor y nata de los *Annales*.

Tulio Halperin Donghi puso el acento en una consideración que hasta ese momento había pasado un tanto omitida, la confrontación de los imperios como causalidad estructural de las independencias. En realidad, concluía, los países latinoamericanos no querían la independencia, les vino dada. Con ello deslizó toda una propuesta de debate: ¿estaban maduros para la independencia? ¿les llegó demasiado pronto? Como bien sabemos, todo esto fue una discusión no solamente a partir de los años 80's, sino incluso antes, en los años 50's, 60's y 70's. De ahí se deslizaron interpretaciones que concluían que lo invertido y problemático de crear un Estado triunfante al inicio del siglo XIX como los latinoamericanos provocó históricamente una inmadurez estatal hasta el siglo XX.

La cuestión importante es que Halperin puso el enfoque explicativo en que la confrontación con el Imperio británico hizo que los imperios portugués y español se hundieran por sí mismos, y eso provocó inevitablemente la llegada de las Independencias. Esta interpretación conllevó otra consideración -que reforzaba a Palmer, Godechot y Lynch en sus argumentos- porque vino a ahondar en una explicación exógena de las independencias, ya sea por influencias revolucionarias francesas y estadounidenses, ya sea por la aplicación de medidas de la metrópoli neoimperiales, ya sea por el hundimiento de los imperios portugués y español frente al napoleónico y británico. Por ello, y una vez más, hasta los años 90's, resulta que todo un proceso descolonizador de un continente, no tenía una causalidad endógena, sino una explicación exógena.

¿Cuál puede ser la explicación de esta insistencia en buscar factores externos a una explicación continental latinoamericana? Se omitió la importancia explicativa del mismo proceso revolucionario y las causalidades que engendró en sí mismo, suficientes para explicar que hubo contradicciones internas también y fuerzas revolucionarias motrices capaces de derrotar a un imperio. Y no se hicieron, no decimos que conscientemente, porque ¿esas explicaciones también conllevan planteamientos no solamente históricos, sino también políticos e ideológicos de los años 60's, 70's y 80's en América Latina? ¿Eran capaces por sí mismas las fuerzas revolucionarias -también guerrilleras- de derrotar al Imperio? El ejemplo revolucionario cubano estuvo largamente presente.

En los años 90, la nueva historia cultural, al igual que la nueva historia política ganó espacios y debates abrumadoramente. Fue tal el desembarco que eclipsó lo avanzado por la historia social y económica. También por las distintas corrientes históricas que bebieron en las aguas de las ciencias sociales. El desembarco duró, al menos, hasta esta década. Y no solamente porque el libro de Francis Fukuyama, publicado en 1992, anunció el fin de la historia, sino porque lo que estaba planteando era el final de una explicación de la historia en función de cambios revolucionarios, esa historia con marchamo de científica -mantenía- no sólo se había acabado, y por eso las trompetas celestiales desde Chicago, cuna de los Chicagos Boys, sonaron.

Tras más de treinta años después, la Historia de las Revoluciones de Independencias no sólo no se ha acabado, sino que goza de una muy buena salud.